

—Cuatro pesos, respondió otra voz.

¡Yo me estremecí! Había comprado en la misma mañana un reloj de plata sin tantas maravillas como las que tenía el que entonces se remataba, y sin embargo, me había costado veinticinco pesos! . . . ¡Oh! preciso era ver aquel prodigio! Hice un esfuerzo, y mi cuerpo creció tres pulgadas.

—Cuatro pesos, continuó la voz, tengo ofrecidos por el reloj. ¿Se remata, Señores, en cuatro pesos?

—Cinco.

—Y medio.

—Seis.

—Siete.

—Con dos.

—¡Ocho pesos! gritaron varias voces.

—¡Ocho pesos! repitió el rematador. ¿Lo remato en ocho pesos? Es de oro, Señores; se garantiza joro puro!

Varios individuos siguieron ofreciendo sucesivamente hasta llegar á 18 pesos, y después de dos minutos durante los cuales se repitieron cien veces las palabras: *¿No hay quién dé mas? ¿Lo remato?* sonó un golpe fuerte y seco, y en seguida la voz del *vendutero* exclamó:

—Diez y ocho pesos: un reloj de oro, dos tapas, catorce montaduras. Lo remató el Sr. Don. . . . ¿Su gracia de vd. caballero?

—Pío-quinto Palmero.

—El Sr. D. Pío-Quinto Palero.

Un murmullo de admiración circuló en la masa humana que me había impedido ver semejante maravilla. Por mi parte estaba tentado de volver á la mercería donde había comprado mi reloj de plata, para arrojárselo en la cara al judío que me lo había vendido.

Preciso era ver lo que seguía rematándose. Hice un esfuerzo; comprimí el estómago; eché la cabeza hácia atrás, de modo que mis ojos fueran la parte mas elevada de mi cuerpo; y apoyándome en los demas espectadores, comencé á hacer el oficio de *acrobata* ó *funámbulo*, pues los dedos gordos de mis piés eran los únicos que me ponían en contacto con el suelo. Por lo demas, yo debía estar esbelto! sublime! aéreo! piramidal. . . .!

Mas ¡oh fortuna! mis miradas lograron penetrar al interior de la *venduta*, y al mismo tiempo el *vendutero* que vió mi cabeza encima de las demas, descollando como una chirimolla en un cesto de naranjas, y que sin duda le pareció que aquella cabeza debía pertenecer á un cuerpo *acomodado*, se vino hácia mí exclamando:

—Pase vd. adentro, caballero.—Con licencia, señores.

El grupo de mirones se dividió en dos partes; me miró curioso, y yo pude al fin exclamar: *Ya estamos en Madrid y en nuestro barrio.*

En efecto: me encontraba ya en el interior de la *venduta*, y frente á frente del mismo *Vendutero*.

La descripción de una *venduta* es obra digna de romanos. Yo no soy romano; *ergo*, no me pertenece el describirla.

En cuanto al *Vendutero*. . . . ¡Cáspita! Mire vd.: yo no quiero personalidades, ni alusiones, ni denuncias, ni soy amigo de *dimes* y *diretes*. . . .! Allá, allá con la estampa que podrá decir quién es el personaje, cómo viste, y bajo qué gallarda apostura desempeña sus funciones. De esta suerte la responsabilidad será del Sr. litógrafo, que no parece sino que ha sido del *arte*, según la exactitud con que ha retratado al personaje; bien que algunos *venduteros* no tienen mas pinceles que la boca. . . .—Yo prosigo con mi cuento:

Mi hombre me hizo sentar en una silla, y tomando después otro reloj (creo que tomó el mismo), dirigióse á mí, é hizome ver todas las bellezas que encerraba la estupenda máquina.

—Vamos, caballero: hay ese otro hermosísimo reloj; mejor que el anterior.

—Hombre! mejor que el otro. . . .?

—Lo dicho; sí, señor: *mas mejor* que el otro.

—Diantre! si esto parece no ser de oro. . . .

—Se garantiza!

—Y luego, decía vd. catorce montaduras. . . .

—Sí, Señor; este tiene ocho; pero. . . . es lo mismo. Con que ¿cuánto por el reloj?

—Cuatro pesos.

—Bien! cuatro pesos tengo *ofrecidos* por este hermoso reloj.

—Cinco, exclamó D. Pío-quinto.

—Seis, añadí yo.

—Siete.

—Nueve.

—¡Diez y ocho pesos!

—Muy bien dicho! ¡diez y ocho pesos. . . .! Vd. sabe lo que compra, caballero. Con que, diez y ocho pesos por el Sr. D. Píoquinto. ¿Lo remato en diez y ocho pesos. . . .? ¿Diez y ocho pesos, Señores. . . .? ¿Caballeritos. . . .?

—Diez y nueve! exclamé con voz de trueno, persuadido de que iba á confundir á mi adversario. Mi triunfo era seguro; y me causaba mas orgullo que si hubiera vencido diez gladiadores en el circo romano, ó en los juegos olímpicos. Pero, ¡oh sorpresa! derrepente gritó una voz:

—¡Veinte y cinco pesos!

¡Yo me espeluzné! El circo romano y los gladiadores habían desaparecido, y en su lugar solo quedaba D. Píoquinto; aquel D. Píoquinto de sombrero ancho, chaqueta grasienta, pantalon raído, y ple-

beyo zapaton que dejaba ver en su borde superior una línea negrusca, dibujada por el sucio calcetín.

El vendutero levantó la cabeza con orgullo; se sonrió; y dijo, mirándome con cierto desden:

—¡Veinte y cinco pesos! Muy bien dicho! vamos á ver quién dá mas...! Veinte y cinco pesos caballeros...! ¡Por Dios, Señores! una *molleja* cualquiera vale mucho mas!—Con que veinte y cinco pesos? Lo remato, Señores, en veinte y cinco pesos...? ¿Caballeritos...?

Y el infame hablando en plural, no quitaba de mí sus ojos de vampiro, á pesar de que mi persona representaba esactamente el singular.

—¡Treinta pesos! grité yo encolerizado.

—Cuarenta!

—Cincuenta!

—Cinco mas!

—Diez!!

—Muy bien! muy bien, Señores! Vdes. saben lo que compran. Pero vamos, poco á poco; nadie nos corre: Sesenta y cinco pesos tengo *aofrecidos* por este magnífico reloj. Se remata en sesenta y cinco pesos...? Voy á rematar, Señores...—¡Sesenta y seis! dijo él mismo interrumpiéndose, y contestando á no se que *pujador* mudo que por señas habia hecho el aumento de un peso.—Entonces descubrí que tenia otros adversarios mas terribles que el D. Pioquinto: eran estos una porcion de seres impalpables á quienes yo no veia, pero que sí los miraba el *vendutero*, supuesto que proseguia diciendo:

—Sesenta y siete... Con cuatro... Sesenta y ocho... Sesenta y nueve, &c., &c.; y continuaba adicionando con increíble rapidez, aquellas partidas sumandas, pequeñas es verdad, pero que llovian de entre los espíritus compradores.

Ay! entonces me pareció envidiable la situacion del caballero Manchego, cuando peleó con los cueros de vino! El siquiera veia pellejos; pero yo... ¡bruto de mí! ¡yo no pude ver nada!

Por lo mismo casi me di los parabienes cuando el temible D. Pioquinto apareció de nuevo en la arena.

¡El reloj valia ya ochenta y cinco pesos!

—Noventa! dijo el Sr. Palero, Palmero, ó como á vdes. les agrade.

—¡Cien pesos! grité yo, haciendo el último esfuerzo.

—Cien pesos! número redondo, repitió el vendutero, cuyos ojos eran los de un buitre al atrapar un *cuítlacoche*.

Siguió un silencio de dos minutos, interrumpido solo por las conabidas preguntas. Mi adversario se caló el sombrero hasta los ojos; ocultó las manos en los bolsillos del pantalon, y se echó en el respaldo de su asiento con la mayor sangre fria. Infaliblemente yo habia

triunfado: pero ¡cuán cara me costaba la victoria! El gladiador triunfante quedaba vencido en su mismo triunfo. ¡Ay! yo le pedia al cielo en mi interior que aumentara D. Pioquinto un peso mas para dejarle la alhaja; pero de improviso el golpe del martillo, que en esa vez fué el *recipe ferrum* del pueblo romano, me advirtió que no habia compasion para mí, y que era preciso tener reloj de á cien duros muy cabales...!

No hubo escape. Volví á casa; mandé con un mozo los cien pesos, el cual me trajo el reloj; y en seguida me encerré en el cuarto que Juan me habia destinado en su casa.

Habiamos quedado yo y mi amigo de reunirnos aquella noche en el teatro, para ver á un sugeto con quien debiamos arreglar un negocio interesante. Yo nunca he sabido desvelarme, y aquella noche me era preciso hacerlo: por lo mismo quise ganar tiempo. Ví mi reloj de á cien pesos: eran las cuatro: de entonces á las siete y media me quedaban tres horas largas y... no hubo remedio: me dormí.

Pero ¡oh, maldito sueño! mientras duró, rematé diez, veinte, ciento, mil relojes, todas las relojerías en fin; y por mi causa se iban á quedar los habitantes de México sin saber la hora en que vivian, lo que, se ha dicho de paso, no les hubiera hecho gran falta.

Después de no sé cuantas horas de fatiga, me desperté. El aposento estaba á oscuras: encendí luz y ví me reloj de á cien pesos, el cual marcaba las seis y veinte y cinco minutos, y segun esto, aun me quedaba mas de una hora para cenar é ir al teatro. Procuré emplear este tiempo en disponer lo necesario para mi viage, que debia ser al dia siguiente; así es que pasé una hora larga sin sentir. Pero repentinamente el estómago me recordó que tenia necesidad de algun cuerpo extraño en que ejercer su accion, y por aquello de las ideas accesorias la idea de la cena me despertó la de la cita.

—Vamos, me dije; ya debe ser hora.

Saqué mi susodicho reloj de á cien pesos, y... ¡el maldito señalaba aun las seis y veinte y cinco minutos!—Esto ya era insufrible! Lleno de ira le arrojé sobre la cama, y eché mano al bolsillo para sacar mi reloj de plata que habia comprado en la mañana; pero... ¡oh sorpresa! mi reloj habia desaparecido!

Entonces comprendí que el cuerpo de mirones, del cual habia sido yo un miembro, estaba agrupado en la puerta para ver, no la venduta, sino lo que podia sacar de los bolsillos.

Mi furor llegó á su colmo; y ya iba á estrellarme la cabeza contra la pared, cuando se abrió la puerta de mi cuarto.—Era Juan que acababa de entrar.

—Hola, Pancho: ¿qué te has hecho el dia de hoy?

—Yo...? Nada.

—Lo habrás pasado muy divertido?

—Pues! divertidísimo!!
—Me alegro.
—Yo también.
—¿Y por qué no fuiste al teatro?
—Al teatro!
—Sí, hombre.—Pero qué tienes? se te saltan los ojos....!
—¿Con que tú vienes del teatro, eh?
—Precisamente: son las once y media. La comedia concluyó hace media hora.

Al darme Juan semejante noticia, vertí un centenar de interjecciones. Me había quedado sin mi reloj, sin ir al teatro, sin ver á mi amigo, y sin cenar. Juan trató de apaciguarme. Preguntóme lo que me había sucedido, y yo se lo conté en pocas palabras.—Cuando concluí, me dijo:

—A ver, veamos tu reloj de á cien pesos: pueda ser que los valga.
—Mírale.
—Hombre, esto no es oro!
—De veras? ¡oh felicidad! Mañana me devolverán mi dinero y yo su alhaja.

—Así lo crees?
—Ni duda! Me han dicho: es de oro; se *garantiza* oro puro.
—Pobre Pancho! Olvidas que en las vendutas hay un papel que dice: **SE REMATA A LA VISTA Y AL CONTADO.**

—Bien está; pero al menos me vengaré.
—Vengarte! Y cómo?
—Cómo? oye y lo sabrás.

Entonces le comuniqué el plan que hoy realizo por conducto de vd., poniendo al *Vendutero* en los **MEXICANOS PINTADOS POR ELLOS MISMOS.**—O.



H. Lriarte. dibujó.

Lito. de M. Murguía y C^a

LA COQUETA.